

EUROPEIDAD

e HISPANIDAD

Por Faustino G. Sánchez Marín.

El Ser de Europa

¿QUE es verdaderamente Europa? ¿Cuál es realmente el ser de Europa? Nuestra contestación no difiere mucho de las innumerables dadas, pues casi todas convienen en que lo helénico, lo romano y lo cristiano son ingredientes de Europa. Nosotros también confesaremos que Europa está constituida por la vocación y actitud intelectual griega, la jurídica romana y por la fe cristiana; o, por la *crux*, el *ius* y el *nous*. Pero nosotros no vamos a llamarlos *ingredientes* sino *constitutivos*. Así pues, al decir que el intelectualismo helénico, el normativismo romano y la fe cristiana constituyen a Europa, no lo decimos en el sentido de

que primero existiera Europa con el *nous* griego y el *ius* romano y, por último, con ambos y la *crux* cristiana.

Nuestro pensamiento es que Europa no fué hasta que no fueron los tres elementos, y esto de tal modo que la *crux* fué la *forma*, en el sentido escolástico, de la materia grecolatina u occidental.

Antes de la *Crux* hubo lo occidental y lo oriental. Dejemos ahora lo oriental. Lo occidental, en el plano que nos interesa, estaba especificado por el intelectualismo griego y el normativismo romanos: por una actitud y

aptitud poéticas y jurídicas especiales.

Pero lo occidental antes de la regeneración cristiana, aún no era Europa. Europa es el estilo occidental cristianizado. La *crux*, por tanto, no es un ingrediente, sino la *forma* del ser de Europa cuya *materia* es lo occidental.

¿Supone esto identificar lo cristiano con lo europeo? No; pues así como del hombre no puede decirse que sea exclusivamente el alma o el cuerpo, así de Europa no puede decirse que sea exclusivamente la fe cristiana o el occidentalismo. También cabe naturalmente que lo oriental sea infor-

mado por la fe cristiana y entonces se tiene otro gran ser que, conviniendo con el europeo en el común crisma regenerador y superador difiera empero de él por el distinto estilo histórico, humano cultural.

Repitamos que Europa no es una sucesiva estratificación de helenismo, romanismo y cristianismo; sino una *información* cristiana del estilo general grecolatino u occidental, acrecido, matizado, etc. con otras aportaciones étnicas o de otra índole, pero todas más o menos occidentales.

Entonces ¿deja de haber Europa cuando la cruz, la fe cristiana, es perdida, adulterada, apostatada?

Europa y Cristiandad

Lo occidental y lo cristiano cumplen respecto del ser europeo las funciones de materia y forma respectivamente, o de género próximo y diferencia específica. Ciertamente lo cristiano, por ser la forma, es la porción entitativa más noble; como en el hombre la parte más noble es la racional.

Pero sería abusivo decir: Europa es la Cristiandad, como decir: el hombre es el espíritu. El concepto de Cristiandad está por encima, es más ancho y comprensivo. En su ámbito caben la realización sociocultural occidental y la realización oriental del mismo género. A su vez como es notorio, el concepto de Iglesia está por encima, es más ancho y comprensivo que el de Cristiandad. La Iglesia está directamente ordenada al logro de la vida eterna y abarca las tres partes: militante, purgante y triunfante. La Cris-

tiandad, en cambio, viene a ser, en su respecto a lo europeo, algo similar a la forma espiritual respecto del hombre. Tal forma espiritual es común al ángel y al hombre, pero en el hombre la forma está *encarnada*; el espíritu *incorporado*. Así la Cristiandad es también la Iglesia pero sólo la militante y ni siquiera en cuanto tal sino en cuanto orden cristiano transportado a lo político cultural, en cuanto ámbito referido al orden temporal de historia y cultura informado por el espíritu de la Santa Iglesia.

Pues bien Europa no es la Cristiandad, porque no es toda la Cristiandad, sino uno de los dos grandes ámbitos o estilos cristianizados; el occidental, precisamente. La Cristiandad puede ser lo mismo cristiandad occidental que cristiandad oriental, porque tanto lo occidental como lo oriental, pueden

ser informados por lo cristiano; pero lo formalmente cristiano, incluso en cuanto cristiandad temporal, supera ambos ámbitos o estilos que en lo común superador y armónico cristiano pueden ensamblar los trozos ausentes de sus almas parciales: pues lo humano en cuanto tal género subyacente a los modos occidental y oriental, puede ser, está destinado a ser, asumido y sobre-elevado por lo cristiano.

Otra cosa es que históricamente alguna vez haya podido coincidir la Europeidad con la Cristiandad, porque en algún tiempo sólo lo occidental estuviera ampliamente cristianizado; entonces Europa podía pretender constituirse en universal Sacro Imperio, en

Cristiandad pura y exhaustivamente. Pero tal fenómeno era solamente de hecho histórico, no de derecho moral y dialéctico. Lo cual no debe olvidarse por quienes exageran la nota de cristiano en lo europeo de tal suerte que para ellos sólo lo europeo, al menos en la añorada concreción histórica del Medievo, tiene derecho a ser Cristiandad. Así algunos exageran la nota de espiritual en el hombre, de suerte que fingen en él un imposible ángel y destruyen el posible y real hombre.

Estos tales con sus contrarios, lo que hacen es destruir dialécticamente la unidad del ser europeo o de ser hombre, si atendemos al repetido ejemplo.

Europa y Occidente

Otros, en cambio, tienden a exaltar de tal suerte, en el concepto de lo europeo, la nota de lo occidental, que realmente, aniquilan dialécticamente a Europa al despojarla de la nota de lo cristiano, que es el elemento formal según la repetida definición: lo occidental cristiano.

Para éstos, lo europeo se reduce a lo occidental, como para el materialismo el hombre queda reducido al cuerpo; lo humano, a lo genérico biológico; lo antropológico, a una provincia de lo zoológico.

En buena parte —muchas veces lo he repetido— el Renacimiento europeo fué un mero renacimiento—de—lo—occidental; fué, vale decirlo, un proceso de *materialización* de lo europeo; es decir, de abusiva reducción de lo europeo a lo occidental, que es su materia,

mientras lo cristiano es su forma. Tal materialización tiene, histórica y filosóficamente, el nombre de positivismo en lo cultural, de laicismo en lo espiritual, de secularización en lo político y social a otras denominaciones más pertinentes, cuya selección no nos importa ahora.

En resumen, la tendencia *occidentalista*, sólo quiere ver en lo europeo los elementos noéticos y jurídicos propios del occidente, sólo anhela fomentar la actitud noética y las fórmulas jurídicas occidentales. Lo griego, un aspecto de lo griego, sigue siendo la gran pasión occidentalista. El sentido irremisiblemente naturalista de lo helénico sigue siendo la tónica; incluso se exagera. La orgullosa ficción de la *autofonía* helénica tiene su correspondencia en la soberbia formulación de la *autonomía* de lo humano en todos los

órdenes de la ética en el Kantismo; positivismo jurídico; independencia absoluta de la filosofía respecto de la teología, o mejor, repudio de la teología; reducción progresiva de la ciencia a la técnica; posición absoluta del yo como originante tanto del mundo ideal como del real; extremamiento del antropocentrismo protagórico; tecnificación de los Estados en máquinas neutras poderosas y ambiciosas (heraclitismo político expresado luego por Hobbes y otros); protestantismo y librepensamiento religioso; subjetivización excesiva o excesivo naturismo artístico; exageración y arbitrariedad del esteticismo suplantador del orden de los valores morales, etc., etc.

Esto para algunos, sería lo específicamente europeo; nosotros decimos que eso es solamente lo específico occidental cuya exclusiva afirmación y cultivo es dialéctica e histórica disgregación de lo europeo.

No caeremos en la falsa posición de despreciar lo occidental materia nobilísima de lo europeo, al modo que el error de Orígenes despreciaba el cuerpo —materia del hombre— considerándolo como insufrible cárcel. Por el contrario, alabaremos tan encendidamente como el que más el ennoblecedor ejercicio del entendimiento en la filosofía, en la ciencia, en la poesía, en el arte; pero afirmando que estas mismas egregias funciones intelectuales padecen grosería por el naturalismo, por el positivismo, por los instintos luciferinos contra la superior información de lo cristiano.

Recapitulando: Europa no es puramente Cristiandad como entienden algunos con exclusiva y gruesa interpretación teológica de lo histórico; ni simplemente Occidentalidad como quieren otros con la exclusiva y grosera interpretación de positivismo. Europa, no importa la repetición, es la Cristiandad occidental, la cultura occidental cristiana.

España y Europa

Intentada, con fortuna o sin ella, una noción sistemática y acaso fecunda de Europa y lo europeo, falta ahora referirnos a la singularidad de lo español. Pues, en efecto, siendo España incuestionablemente europea, ahí está empero una muy constante tradición interpretativa según la cual España es a-europea o anti-europea.

Las dos tesis —España es Europea; España no es Europea— están servidas por no débiles argumentos, si bien los de la segunda se refieren más a hechos y situaciones concretas, relativas por tanto.

Tampoco ahora será muy difícil resolver esta aparente contradicción, diciendo con un buen distingo escolástico que España es muy europea en un sentido y menos europea en otro. Porque lo europeo puede tomarse en el sentido de lo cristiano informante y en el de lo occidental informado; como el hombre puede ser considerado más especialmente según el alma racional o según el cuerpo animal.

Volvamos a aquella definición general que tomábamos como eje: Europa es la cultura occidental cristianizada,

de modo que lo occidental es la materia, y lo cristiano es la forma. Pues bien; gran parte de Europa tiene una tendencia constante a autonomizar de nuevo lo occidental, lo cual viene a ser escindir lo verdadero y armónicamente europeo.

El gran peligro de la unidad europea han sido siempre estas escisiones occidentalistas, que instintivamente, se han puesto siempre al lado de las escisiones religiosas, de la herejía, del protestantismo. Así el Renacimiento, teniendo tantos aspectos tan opuestos al espíritu del protestantismo, fué en casi toda Europa su aliento o su disfraz.

Y ahora se manifiesta la especificidad de lo español. La Europa restante tiende a *occidentalizar*, a independizar lo occidental de lo cristiano. España, en cambio, tiene sus principales momentos históricos en la empresa o de impedir la escisión occidentalista y la escisión herética, o de cristianizar nuevos pueblos y culturas.

Así pues, la restante Europa suele ser más materialmente que formalmente europea (es decir, más occidentalista que católica); por el contrario, España es más formalmente que materialmente europea.

Esto se echa de ver también en los diferentes espíritus de colonización europea; los otros pueblos europeos, cuando colonizan con algo más que exclusivo sentido comercial, lo hacen principalmente con sentido occidentalista, atendiendo sólo al progreso técnico; el español, siempre con especial sentido y finalidad cristiana.

Todo ello pone de relieve otra nota de lo español: que rebasa con frecuencia los distingos occidentales y orientales y ostenta a veces, una tan directa dedicación y conversión a las empresas específicas de Cristiandad, que rebasa y trasciende el ser propiamente europeo.

Entonces ¿cuál es la misión de la europeidad?, ¿cuál la de la hispanidad?

Misión de la Europeidad

La *crux* —dijimos repetidas veces con fórmula de abreviatura— es la *forma* de lo europeo; el *ius* y el *nous* occidentales, la *materia*. Europa se constituye por la cristianización de lo grecolatino, por el bautismo de la cultura occidental principalmente plasmada en el peculiar sentido cultural helénico y en el peculiar genio jurídico romano. Otras muchas añadiduras tiene a lo largo de la historia lo europeo: algunas, incluso las más características, son a

manera de reediciones; así la fáustico, de lo dionisiaco.

Ya hicimos notar el movimiento pendular en que suele andar lo europeo; la Europa psíquica y racionalista tiende a «occidentalizar», carga el acento sobre la actividad noética pura; la Europa pneumática o España, en cambio, sobre la información cristiana de la vida en general.

A la Europa psíquica la distinguió siempre un afán racionalista y criticis-

ta. Siguiendo en buena parte el camino trazado por Laín Entralgo, intelectual muy de vocación y muy de nuestro tiempo, en sus artículos de ABC sobre este tema, intentaremos también nosotros dilucidar cuál sea la misión de Europa. Para no abandonar, sin embargo, la coherencia sistemática que es el principal propósito y acaso el único mérito de este ensayito, nosotros introduciremos un nuevo distingo al llegar a este punto. Digamos que una es la Europa que *debe ser*, y otra la Europa que *suele ser*; como en cada hombre, uno es el que se debe ser y otro el que se es. La perfección y armonía estaría en la adecuación de lo que se es con lo que se debe ser, tarea verdaderamente difícil y desde luego verdaderamente personal.

Un método abusivamente historicista aborrecerá este distingo, pues para él sólo habrá lo que históricamente viene siendo y tal como viene siendo. Tal historicismo no admite otro orden que el del puro devenir sin permitir instancia ajena y superior alguna. Pero los católicos no podemos tolerar tal criterio. Para el católico el hombre es un ser no solamente religado sino obligado primeramente a Dios, luego a los otros hombres, a la sociedad, etc. No existe el hombre sin obligaciones. La historia del hombre es la historia de los incumplimientos y de los cumplimientos de tales obligaciones; la historia, y toda historia nace del hombre, no es algo en sí absoluto, categoría o especie de deidad que haya de ser acatada con una suerte de veneración fatalista. La historia no es sino biografía de hombres o de pueblos, descriptiva de las obligaciones que tuvieron y del modo como las cumplieron o incumplieron. La obligación esencial del hombre nace del propio ser del hombre; las restantes de los diversos mo-

dos de vida, profesiones, etc. Ninguna, naturalmente, debe estar en oposición con la esencial que es servir a Dios en este mundo y salvarse. Mientras cualquier ser está obligado a la Causa primera con obligación ontológica, el hombre lo está *moralmente*. No podemos admitir un historicismo que niegue u olvide la existencia de ese orden del *deber ser*, del orden moral.

Todo esto se dice digresivamente para llegar más fácilmente al concepto de misión. Un modo especial de cumplir las obligaciones; más aún, una cuasi reducción de todas a una, o mejor todavía, un fundirlas todas en una especial a través de la cual se sirve a Dios en definitiva y a la finalidad más importante según el tiempo actual y la previsión posible del futuro, eso es la misión. Por eso la misión, el sentido de la misión, imprime el *estilo peculiar* de una vida o de una historia.

Atendamos ahora a aquel distingo de la Europa que *suele ser* y de la Europa que *debe ser*. Desde el principio se objetará que sólo puede ser verdadera misión la que corresponde a la Europa que *debe ser*. Pero teniendo en cuenta que la misma Europa que *suele ser* ya es una Europa nobilísima, no habrá mucho inconveniente en aceptar dos misiones para Europa: la que debe cumplir y la que suele cumplir.

Respecto, pues, de la Europa que *suele ser*, diremos que su misión —deducida a posteriori de la constancia de ciertas tareas y realizaciones europeas— es la de hacer racional todo lo gro humano, la de criticar y elucidar toda construcción intelectual, la de convertir todo saber en saber científico y filosófico, en «*obsequium rationale*».

No se reduce tal racionalización y elucidación solamente a las creaciones, saberes, etc. europeos, sino a los de todo el mundo, como muy bien advierte el maestro Laín Entralgo. Y todo ello a tal extremo que en muchas ocasiones la Europa que suele ser, se olvida de la que debe ser, es decir, se olvida de la información por la fe de todos los saberes, y entonces rechaza toda teología y toda apelación al orden sobrenatural. Entonces la Europa meramente occidentalista cambia la exhortación de que la fe sea un obsequio racional en la inversa, que el obsequio racional sea la única fe, haciendo su religión de su racionalismo.

La Europa armónica y que debe ser, tiene la misión de cristianizar toda actividad y construcción intelectual. También esta misión, aunque con largos intervalos de *omisión* la ha cumplido Europa; por ejemplo, la Europa patristica, la Europa medieval de la Universidad y universalidad cristiana. Y ahora mismo, tras siglos de abandono, es hacedera y urgente tal misión respecto de tantísimos hallazgos científicos, filosóficos y de todo orden intelec-

tual. Gran tarea de nuestro tiempo, como advierte el citado Laín.

En resumen, la misión esencial de Europa, según su ser —operari sequitur esse— es la de crismar lo occidental que es esa vocación y exigencia racionalistas; la misión también muy importante, que *suele* cumplir es la de satisfacer, sin preocupaciones cristianizadoras, dichas vocación y exigencias racionalistas. De todas formas, ambas misiones se refieren principalmente al campo de lo especulativo; lo que hacemos resaltar para que se tenga en cuenta al fijar la diferenciación de la misión hispánica.

Conviene añadir, finalmente, que en la terminología de Laín Entralgo lo que nosotros hemos llamado misión de la Europa que suele ser, se denomina misión creadora; y lo que nosotros dijimos misión de la Europa que debe ser es nombrado misión ofertiva.

Pero ya insistiremos sobre ello, así como en nuestros distingos, en el siguiente y último apartado, sobre la misión de la hispanidad.

Misión de la Hispanidad

Recojamos, en principio, el pensamiento de Laín Entralgo: que la misión hispánica se especifica por una referencia más directa y fidelidad militante a uno de los dos momentos de la misión europea, al *ofertivo*, es decir, al crismador. Recuérdese que, con diferencia de matices, llamábamos nosotros misión de la Europa que *suele ser* a lo que Laín misión creadora, y misión de la Europa que *debe ser*, a lo que él misión ofertiva. La Europa que suele

ser cumple su misión «occidentalizando», esto es creando intelectualmente y criticando y elucidando toda creación intelectual propia o ajena. La Europa que debe ser, cumpliría su misión «cristianizando» los saberes, creaciones y elucidaciones occidentales. Por lo pronto, históricamente, la Hispanidad viene atendiendo más a la misión de la Europa que debe ser; es decir, atiende principalmente a la información cristiana de la cultura. Pero no basta con

esto para especificar la misión hispánica. En último término, ambos momentos europeos, el creador y el oferativo (para decirlo con terminología de Laín) son del orden especulativo; mientras que la misión de la Hispanidad es primordialmente de orden humano integral.

Para precisar más estas apreciaciones, volvamos a enumerar los constitutivos europeos: la *crux* (forma), y el *nous* y *ius* occidentales (materia).

Siendo tres los tales elementos, tres pueden ser también los principales modos operativos europeos según se tenga especial vocación histórica por las tareas específicas de cristiandad, por las noéticas o intelectuales puras, o por las jurídicas. Las noéticas a su vez, comprenden las filosóficas, científicas y técnicas y las estéticas. Ya dentro de este repertorio de principales actividades europeas, pueden determinarse las preferencias europeas y las preferencias hispánicas. Europa suele preferir: filosofía, ciencia y técnica; España, cristiandad y derecho teologizado. Quedan comunes las artes; pero aquí mismo hay distinción hispánica, la dimensión religioso-social que suele tener nuestro arte.

Conviene en seguida advertir que preferencias no quiere decir exclusiones; esto es, que tanto Europa como España pueden atender más o menos a todas y cada una de las actividades reseñadas, prefiriendo unas sin excluir las restantes.

Sigamos analizando el sistema de preferencias según el repertorio total. **Cristiandad:** desde la Edad Media, Europa ha sustituido las empresas de cristiandad por las empresas nacionales; en cambio España, siguió conside-

rando como de primera jerarquía las empresas de cristiandad y a ese criterio responden la actuación en Europa de la gran monarquía hispánica (ahora reeditada con el anticomunismo cristiano, muy distinto del anticomunismo basado en razones de petroleos, industrias, hegemonías), la hipostasis española con la América indígena y la constante actividad misionera por todo el mundo, etc.

Filosofía: la Europa moderna ha puesto todo su ardor intelectual en la filosofía «pura»; España, en cambio, siguió subsumiendo y subordinando la filosofía a la Teología.

Ciencias: es innegable una mayor preocupación europea que hispánica por la ciencia pura.

Técnica: para la Europa moderna ha llegado a constituir un fin en sí; para España nunca, incurriendo más bien en un desprecio —que no alabamos— de la misma.

Artes: la Europa moderna se entrega a una orgía de ismos y arbitrariedades estéticas y a la mayor de todas, de hacer de los valores estéticos, valores supramorales; pero España no suele entender eso del arte por el arte y hasta en el menos expresivo de todos, la escultura, supo infundir vida y aliento popular, siendo peculiarísima la imagería religiosa española.

Derecho: lo Europa moderna independizó la ética de la religión y luego el derecho de la ética, cayendo en un positivismo y formulismo jurídico sin alma; España en cambio, mostró en este campo de lo jurídico que hace referencia tan directa a la vida social humana, la mayor fuerza de su genio, revitalizando y teologizando el Derecho.

Vitoria, Soto, Castro, Molina y Suárez son nombres españoles que jamás serán borrados de la Historia.

Con este método hermenéutico y cuasi experimental histórico, se han apuntado ya claramente las notas más fuertes e individuantes de lo hispánico, indicadoras de su misión. Lo primero es que todas las creaciones, actividades y manifestaciones del tipo occidental, si no vienen informadas por la fe cristiana ni puede ella bautizarlas son tenidas en poco por España.

La adhesión constante a la *crux* es, pues, el primer rasgo de la fisonomía hispánica. Lo segundo, es que España pone su principal interés en la información cristiana de las actividades que atañen más directamente al orden del vivir que al intelectual puro.

Y dentro del orden del vivir, como lo comprueba su especial vocación jurídica, más al orden social que al individual. Entiéndase bien; aquí lo individual no quiere decir lo personal. El personalismo es una característica acusadísima de lo hispánico, más aún, de las creaciones jurídicas españolas (estúdiese a Suárez, por ejemplo). Pues precisamente del concepto y aprecio profundo de los valores personales, nace la raíz y fundamento de las obligaciones en las que se funda el vivir social y sobre las que se cimenta la arquitectura jurídica. Pero este personalismo es ético y social, no liberal. Este personalismo y socialismo (valga de momento el sospechoso vocablo) hacen *Cristianismo militante y activo* (hasta los místicos españoles son hombres de acción). *Personalismo y universalismo* parecen ser, pues, las notas fundamentales de lo hispánico, las di-

rectrices de la misión hispánica. Este universalismo se echa de ver aun en el mismo plano de lo racial, pues no hay raza ni más cruzada ni más capaz de cruzamiento con todas las del globo, que la hispánica. Debe reflexionarse mucho sobre esta ingente capacidad hispánica de emulsión racial, pues ello indica que la hispánica no es una raza, sino casi la raza humana. Hagamos hincapié en esto; aun racialmente, si vale la paradoja, la hispánica no es una raza definida y particular ¡al diablo los racismo! sino una raza universal, *esencial*, definidora y asumente de lo humano. Nada humano es ajeno a lo hispánico. Histórica y racialmente, en fin, la Hispanidad está preparada y llamada para empresas universales. Esta empresa universal es un gran humanismo. (1) Y este gran humanismo no es el humanismo «occidental» por exceso, ni el humanismo «oriental» por defecto; ni el de la cultura positivista británica; ni el más «humanista», fino y culto, francés; ni el humanismo fáustico germánico; ni el artístico italiano; sino un gran humanismo del todo univeral, jurídico-religioso, católico, que une entre sí los dos principios decisivos para fraguar unidad de hombres y de pueblos, la *crux* y el *ius*.

Europa se empeñó en «occidentalizar» casi exclusivamente y así fué estrechada, angostada, en sí misma. Pero la ancha hispanidad tiene función de siglos y de pueblos por delante.

Muchas más precisiones, bien lo sabemos, necesita el concepto de hispanidad. Nosotros mismos, si Dios quiere, hemos de volver sobre este tema lojalá con más fortuna!

(1) *Vida: Eleuterio Elorduy, S. J.: «La idea del Imperio en el pensamiento español y de otros pueblos». Espasa—Calpe, S. A. Madrid, 1944.*